

«PASIÓN DE CRISTO < > NUESTRA SALVACIÓN»

Cualquier colectivo humano de los que formamos parte, cuando tenemos por delante unos días de fiesta, nos hacemos la pregunta ¿qué podemos hacer durante estos días? La tendencia actual, en el tiempo de ocio, es romper la rutina de la vida ordinaria. Para eso tenemos diferentes opciones: escapar del lugar en el que se reside, realizar actividades diferentes a las que hacemos habitualmente; juntarnos con personas afines para compartir estos días de asueto o, simplemente, quedarse en casa a descansar. Cualquiera de estas opciones es perfectamente válida, personal o colectivamente, si olvidando el interés personal de cada uno, se mira lo más conveniente para el colectivo o grupo, consiguiendo, de esta forma, que la celebración de estos días festivos, discurran de manera agradable para el conjunto.

Para nosotros, cristianos, que creemos y queremos seguir a Jesús, la opción prioritaria, que no nos debe faltar, en uno o en otro momento, durante estos días, es hacer una profunda reflexión de los misterios que celebramos.

A lo largo de la Cuaresma hemos caminado anhelando llegar a la fiesta de las fiestas, la Pascua. Ya llegamos a la meta. Lo que pasa es que las cosas del Espíritu no pueden someterse a nuestros parámetros y medidas cronológicas: Ahora toca cantar, ahora toca llorar; ahora toca reír, ahora toca alabar y bendecir a Dios... No hacemos fiesta porque toque, sino porque nos sale del alma. Podría ser que tuviéramos que celebrar la Pascua, pero con espíritu cuaresmal, o al revés.

Comenzamos la semana, viendo que el pueblo sencillo judío empezó a creer en Jesús como Mesías. Al menos así lo aclamaban, batiendo palmas y ramas de olivo y alfombrando con mantos su paso: **¡Bendito el que viene como rey en el nombre del Señor! ¡Bendito el reino que llega de nuestro padre David! ¡Viva el hijo de David!** Es verdad que, quizás ese entusiasmo, procedía de todos los milagros que habían visto. Era una fe bastante superficial.

Si Jesús hubiera seguido en línea “*milagrera*”, si se hubiera defendido cuando le prendieron; si hubiera convencido a las autoridades del Sanedrín y hubiera realizado allí algún milagro, como dejar con la mano seca al que le dio la bofetada, o dejar sin habla al Sumo Sacerdote que, perdiendo su fuerzas, no fuera capaz de rasgar sus vestiduras; si hubiera venido un ángel para sacarle de la sala donde estaba preso, o cuando le escupían se volviera contra ellos el escupitajo; si hubiera hecho alguna gracia a Herodes, como que se levantara de su trono y le bailara la corona con la gracia que lo hizo Salomé; si, en fin, ante Pilato y ante el pueblo que allí estaba congregado, hubiera pronunciado un discurso más elocuente que el de Marco Antonio a la muerte de César, y les hubiera hecho a todos llorar... ¿No hubiera sido liberado y aclamado como Mesías por los siglos?

Pero Jesús hace ya tiempo que había superado estas tentaciones. La salvación del mundo no vendría por la fuerza, sino por la debilidad. «*Ha escogido Dios lo débil del mundo para confundir lo fuerte*» (1 Corintios 1, 27). La cruz es pura debilidad. Por eso, qué lamentable error cuando se escoge la cruz como arma para el combate y la victoria. No sólo es pecado, es un trágico error, una desvirtuación del misterio. Dios no quiere conquistar el mundo por la fuerza. «*No quiere cristianos vencidos, sino convencidos*» (San Agustín). Dios no quiere imponer la salvación sino ofrecerla. **¡Cristo muere por amor!** No es la muerte en sí la que salva, sino el amor capaz de morir. Si fuéramos capaces de amarnos así, el mundo estaría salvado.

La pasión de Cristo es la salvación de los hombres. Es el misterio del dolor. No se entiende que para salvar al hombre Dios-todopoderoso tuviera que padecer. Por eso los discípulos no entendieron nada del trágico final de su maestro, se escandalizaron y algunos perdieron la fe. Tampoco nos extraña que la catequesis prioritaria de Jesús se centrara en que «*el Mesías tenía que padecer*». Una catequesis siempre necesaria.

El Salvador padece para que el hombre doliente se salve. Es un tema a meditar especialmente en estos días. El Salvador podía haber salvado de muchas otras maneras. Recordemos las tentaciones de Jesús en el desierto y en Getsemaní: «*aparta de mí ese cáliz*». ¿Por qué ha de escoger el camino del dolor, del fracaso, de la humillación y derrota, de la vergüenza, del sinsentido, es decir, el camino de la cruz?

Dios se ha hecho hombre de verdad y el dolor es el hilo rojo que recorre toda la historia del hombre, pero... ¿Por qué ese camino?

- ¿Será para manifestar hasta dónde llega el amor de Dios? «*Nadie tiene amor mayor...*».

- ¿Será para compadecerse junto al hombre que sufre y estar cerca de todos? **«Quiso ser por un tiempo lo que somos nosotros»**.
- ¿Será para dar respuesta a la vieja queja, de por qué Dios permite tanto sufrimiento (verdadera piedra de escándalo para creer). Dónde estaba Dios? **«Pues estaba ahí, junto a ti, sufriendo»**.
- ¿Será para redimir el dolor, pues sufriendolo Él, lo ilumina y cambia de sentido? **«Ya no será desgracia, sino gracia»**.
- ¿Será, doctrina tradicional, para expiación de los pecados? **«Haciéndose Él responsable del pecado del mundo»**.

Así lo cantan los poemas del siervo de Yahveh. **«Quiso el Señor morir por nosotros»**. Nadie le quita la vida, Él mismo la da. Jesús muere para participar de la condición humana, que es mortal. Jesús muere para dar muerte a la muerte y quitarle su aguijón. Jesús muere para probar que el amor es más fuerte que la muerte, porque Él murió por amor (todo el que es infinitamente amado no muere, todo el que ama hasta la muerte no muere porque el amor no puede morir). Jesús muere para que la muerte no fuera el amargo final. Jesús muere para que nosotros no muriéramos del todo, muere para que podamos vivir. Jesús muere como hombre para que nosotros nos hiciéramos como Dios, muere en el tiempo para que viviéramos en la eternidad. Jesús muere para que nosotros fuéramos eternos.

«Vivir en Él eternamente». Esta realidad marca nuestra fe y nuestra vida cristiana por entero. El cristiano defiende la vida, porque sabe que el hombre no es un *ser* “para-la-muerte”, sino “para-la-vida”. Somos capaces de morir con alegría y esperanza porque estamos amenazados de resurrección. Nos duele la muerte por lo que supone de separación de nuestros seres queridos **«perder la costumbre de estar juntos»** (San Agustín), no porque creamos que la muerte sea la mayor de las desgracias. Las circunstancias que acompañan a la muerte pueden ser muy dolorosas, como fue la de Cristo, pero pasan. Pasa el dolor, pasa el ¡ay!; lo que permanece es el ¡oh! Y así lo vemos en algunas de las oraciones que diremos en estos días:

«Al morir destruyo nuestra culpa y al resucitar fuimos justificados» (Domingo de Ramos, prefacio). **«Te pedimos, Señor, que la celebración de estos santos misterios nos lleve a alcanzar plenitud de amor y de vida»** (Jueves Santo, oración). **«Oh Dios, te pedimos nos hagas semejantes a tu Hijo, así, quienes por la naturaleza humana somos imagen de Adán, el hombre terreno, por la acción de tu gracia seremos imagen de Jesucristo, el hombre celestial»** (Viernes Santo, oración). **«¿De qué nos serviría haber nacido si no hubiéramos sido rescatados? ¡Qué noche tan dichosa en que se une el cielo con la tierra, lo humano y lo divino!»** (Vigilia Pascual, Pregón Pascual). **«Que el hombre, creado a tu imagen y limpio en el bautismo, muera al hombre viejo y renazca, como niño, a nueva vida por el agua y el Espíritu»** (Vigilia Pascua, Bendición del agua). **«Que la nueva vida que nace de estos sacramentos pascuales sea, por tu gracia, prenda de vida eterna»** (Vigilia Pascual, Oración, ofrendas).

Pero no pensemos sólo en la vida después de la muerte. La vida eterna la preparamos ya. La resurrección no sólo será, ¡ES! Ya empezamos a estar y a vivir resucitados cuando vivimos en el amor. Es el comienzo de los bienes futuros. Con la resurrección de Jesucristo se anticipa el futuro. ¡Él es el futuro! Así, viviendo en Él estamos empezando a vivir el futuro: la alegría del futuro, la paz del futuro, la oración del futuro, la comunión del futuro... ¡marana-tha!, que venga ya el Futuro. El Reino de Dios está dentro de nosotros.

Cuando sentimos la presencia de Dios, cuando escuchamos la Palabra de Jesús, cuando nos abrimos al Aliento del Espíritu, el Futuro se nos hace presente; cuando nos sentimos incondicionalmente amados, cuando amamos hasta el fin, cuando compartimos cuanto tenemos y cuanto somos, el Futuro es presente; cuando sufrimos con aceptación y esperanza, cuando palpamos la presencia de Cristo en el dolor, cuando somos capaces de bendecir sufriendo, el Futuro es ya una realidad; cuando compartimos siendo pobres, cuando trabajamos solidariamente, cuando nos dejamos tocar por la inspiración creativa, estamos labrando las piedras del futuro.

Vivamos esta semana con alegría y gocemos en la esperanza, porque bebemos, sí, de la fuente, pero no agotamos la fuente. De todos modos, cada vez que celebramos *en espíritu y en verdad* la Pascua, estamos anticipando la Pascua definitiva. Pero es sólo eso, un anticipo, como un aperitivo. Lo de *ya pero todavía no*. Es el comienzo, todavía no es la plenitud. Seguimos, pues, en espera. **«Nuestra salvación es objeto de esperanza»** (Romanos 8, 24). Ahora vemos, pero como detrás de un velo, en un espejo, confusamente. Esperamos ver **«cara a cara»** (1ª Corintios 13,12). Y anhelamos ese encuentro.

Hemos alcanzado al Señor, pero no del todo. Ha resucitado y nos ha resucitado el Señor, pero aún tenemos que seguir resucitando. Ha venido el Señor, pero que venga. ***¡Ven, Señor Jesús resucitado!***

Y, terminemos la semana repitiendo, una y otra vez, ***¡¡Alleluia!!***, y entonando himnos, sabiendo que: ***«Toda nuestra vida presente debe discurrir en la alabanza a Dios, porque en ella consistirá la alegría sempiterna de la vida futura (...) Es que se nos ha prometido algo que todavía no poseemos (...) Nos alegramos por la esperanza»*** (San Agustín, Sal 148,1).

*Agustín Alcaraz García
Semana Santa, 2023*